

ORAR EN EL MUNDO OBRERO

30ª SEMANA DEL T.O. (27 de octubre de 2013)

Introducción

Las lecturas que nos ayudarán a reflexionar este fin de semana:

Si 35,12-14.16-18: Los gritos del pobre atraviesan las nubes.
 Sal 33,2-3.17-18.19.23: Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha.
 2Tm 4,6-8.16-18: Ahora me aguarda la corona merecida.
 Lc 18,9-14: El publicano bajó a su casa justificado, y el fariseo no

1

VER

Muchas veces en la HOAC hemos sentido la mirada esa de ser los que estamos al fondo y con la sospecha de “no ser como”. Hemos elegido estar en el fondo de la Iglesia, hemos elegido acompañar a los que están lejos, hemos sentido los palos de los de dentro y, alguna vez también, por ir al último banco a rezar, también de los de fuera. Pero queremos seguir estando con los que no están, queremos luchar con aquellos que siempre son sospechosos. Queremos estar sobre todo porque ahí, en la intemperie creemos que podemos construir el Reino. Sólo dos cosas, la humildad, colocarnos al fondo, no darnos la talla, y la convicción de que estamos donde tenemos que estar porque era el lugar donde Jesús caminaba.

Cada mañana comienzo el día en la oración y con la oración de la frontera, “Señor Jesús, te ofrecemos todo el día, nuestro trabajo...”, con la oración que nos invita a vivir la fe y el compromiso cristiano a la intemperie, fuera de las murallas... y a descubrir el Reino donde no suele buscarse, a estar y estar con humildad, pidiéndole al Padre que nos ponga sus gafas, que nos enseñe a mirar.

Hoy puede ser un buen día para recordar palabras del Papa Francisco:

“Una Iglesia que no sale, a la corta o a la larga, se enferma en la atmósfera viciada de su encierro. Es verdad también que a una Iglesia que sale le puede pasar lo que a cualquier persona que sale a la calle: tener un accidente. Ante esta alternativa, les quiero decir francamente que prefiero mil veces una Iglesia accidentada que una Iglesia enferma. La enfermedad típica de la Iglesia encerrada es la autorreferencial; mirarse a sí misma, estar encorvada sobre sí misma como aquella mujer del Evangelio. Es una especie de narcisismo que nos conduce a la mundanidad espiritual y al clericalismo sofisticado, y luego nos impide experimentar “la dulce y confortadora alegría de evangelizar”.



Salmo Responsorial

R/. Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha

Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca.
Mi ser se gloria en el Señor,
que los humildes lo oigan y se alegren.
Pero el Señor se enfrenta con los malhechores,
para borrar de la tierra su recuerdo.
Cuando uno grita, el Señor lo escucha
y lo libra de todas sus angustias.
El Señor está cerca de los que sufren
y salva a los que están desconsolados.
Porque el Señor redime a sus siervos,
y no serán castigados los que se refugian en él.



R/. Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha

Lectura del Evangelio según San Lucas 18,9-14

También a unos, que presumían de ser hombres de bien y despreciaban a los demás, les dijo esta parábola: Dos hombres subieron al templo a orar; uno era fariseo, y el otro un recaudador de impuestos. El fariseo, de pie, hacía interiormente esta oración: «Dios mío, te doy gracias porque no soy como el resto de los hombres: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese que recauda impuestos para Roma. Ayuno dos veces por semana y pago los diezmos de todo lo que poseo». Por su parte, el recaudador de impuestos, manteniéndose a distancia, no se atrevía ni siquiera a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: «Dios mío, ten compasión de mí, que soy un pecador». Les digo que éste bajó a su casa reconciliado con Dios, y el otro no. Porque el que se engrandece será humillado, y el que se humilla será engrandecido.

Comentario

Seguimos con el tema de la oración, pero desde otra perspectiva. Si la semana pasada se habla de la insistencia, aquí se habla de la actitud. Para Jesús, ¿cual es la actitud que genera debilidad en Dios? Los sujetos de las parábolas tienen cierta cercanía: el poder, porque cumple y hace lo que dice la ley, queda reflejado que en este caso por el fariseo; la debilidad que hace que Jesús cambie la mirada no es una viuda, es un pecador público, un publicano, rechazado por el pueblo de Israel. Viudas, huérfanos, niños, mujeres, extranjeros, publicanos, formaban parte del ejercito estigmatizado por el rechazo de los buenos del pueblo.

Una parábola desconcertante para el contexto de la vida de Jesús.

La oración del fariseo es impecable, es un hombre que cumple con la Ley y, delante de Dios, está encantado de ser como es, y es importante, se lo agradece a Dios. El otro, el publicano, está donde está, al final del templo, se siente lejos de Dios y de los hombres religiosos que allí estaban, reconoce su pecado, sólo lo reconoce, pero la sensación que despierta no es la de aquel que lo ha vencido sino la de aquel que no puede salir de él.

Es verdad que produce rechazo la oración del fariseo por su prepotencia y es verdad que la humildad del publicano nos cautiva. Y es verdad que el fariseo cumple la ley y el publicano sólo reconoce su pecado, pero no plantea cambios... ¿quiere salir de la situación? No le preocupa a Jesús tanto eso como la actitud. En el fondo nos resuena aquella frase de Jesús en una comida en casa de Leví: “no necesitan médico los sanos sino los enfermos. Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores, para que se conviertan” (Lc 5,31). Jesús dedica su vida a aquellos a los que los “buenos”, los “bien pensantes”, los que cumplen suelen decir: “estos no vienen nunca por aquí”, “no vienen a misa”, “no pasan por la Iglesia”, “su vida no es muy ejemplar”... forma parte de lo más histórico de Jesús el mundo marginal en el que se movía, con las personas con las que caminaba, comía y se relacionaba, en todos los evangelios aparece ese reproche de las personas “más religiosas” de su pueblo: “este anda con...”

3



Para Jesús la cercanía a los alejados era el motivo de su misión y con ellos y en medio de ellos quería construir su reino.

El Evangelio de hoy tiene, por una parte, la presentación por parte de Jesús, –nuevamente, y de forma insistente en Lucas–, de “la misericordia entrañable de Dios”. Invita a la liberación a aquellos que se sienten encorvados por sus pecados y debilidades. Y nos invita a orar,

a colocarnos en su presencia desde la humildad, desde la pequeñez, presentarnos delante del Padre con una tarjeta: “soy un desastre, pero te necesito”... nunca creernos que hemos llegado... siempre estamos empezando.

Por otra parte nos invita a una mirada distinta en nuestra Iglesia, mirar a los últimos, acercarnos a los alejados, estar pendientes del mundo del que nos hemos distanciado por miedo, por comodidad, por no entenderlo o porque nos sentimos vulnerables a sus críticas... estar presente y valorar, no tener miedo y estar es el reto de una Iglesia misionera, de un movimiento que nace para mirar siempre lo que está al fondo de la Iglesia, lo que está en la plaza y lo que está más, mucho más allá de la plaza... en los talleres, en las minas, en los campos, en la mar...

Nuestro ser y nuestro quehacer tiene sentido cuando somos capaces de mirar como Jesús, y valorar como él las personas; lo nuestro es caminar por los bordillos, como Jesús, y aprender a vivir la fe, muchas veces, sin ser entendidos y alguna vez confundidos con el publicano.

Misericordia

Ayúdame, Dios mío, por tu bondad

Perdóname por lo que he hecho mal, tú sabes cómo soy.

Yo sé que no miras lo que está mal, sino lo bueno que es posible.

Te gusta un corazón sincero,
y en mi interior me das sabiduría.

Oh Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme;
no me dejes vagar lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu.
Enséñame a vivir la alegría profunda de tu salvación

O podemos utilizar esta (de Louis Joseph Lebret, op)

4

¡Oh, Dios! Envíanos locos,
de los que se comprometen a fondo,
de los que se olvidan de sí mismos,
de los que aman
con algo más que con palabras,
de los que entregan
su vida de verdad y hasta el fin.
Danos locos,
chiflados,
apasionados,
hombres capaces
de dar el salto hacia la inseguridad,
hacia la incertidumbre
sorprendente de la pobreza;
danos locos,
que acepten diluirse en la masa
sin pretensiones de erigirse un escabel, que no utilicen
su superioridad en su provecho.
Danos locos,
locos del presente,
enamorado de una forma de vida sencilla,
liberadores eficientes del proletariado, amantes de la paz,
puros de conciencia,
resueltos a nunca traicionar,
capaces de aceptar cualquier tarea,
de acudir donde sea,
libres y obedientes,
espontáneos y tenaces,
dulces y fuertes.
Danos locos, Señor, danos locos.

